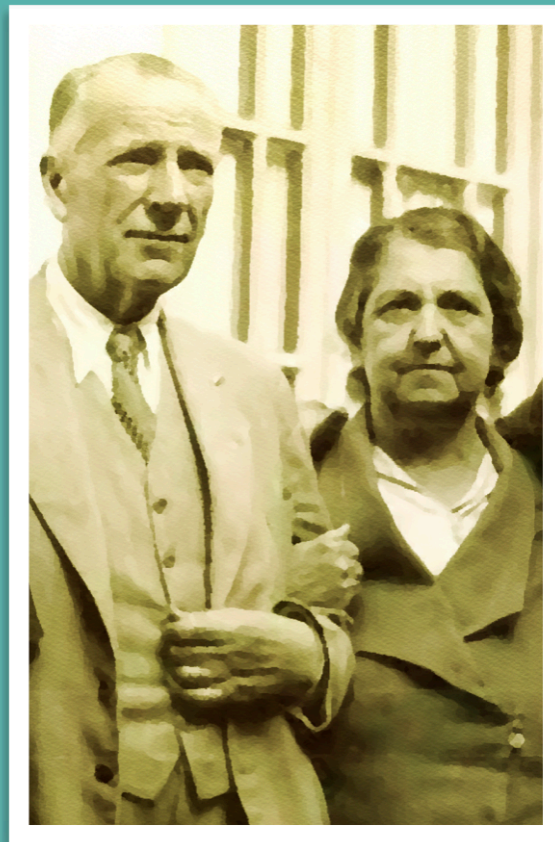


Ricardo Peltier San Pedro

MI ABUELO AUSTRALIANO Y SU ESPOSA SONORENSE DE MULWALA A ÁLAMOS



Xochimilco Editions

Francis Peltier Landers y María Adelaida Rivas Gil Samaniego —mis abuelos paternos—, se conocieron en 1886 en la ciudad de Álamos, Sonora, y dos años después, el 7 de abril de 1888, se casaron en la parroquia de la Purísima Concepción, la bella iglesia estilo barroco que está en la Plaza de Armas, cuya construcción duró casi cincuenta años, de 1757 a 1804. Al momento de contraer matrimonio, mi abuelo contaba con 26 años de edad, y mi abuela con diez y nueve; él era originario de Mulwala, un pequeño pueblo de Nueva Gales del Sur, Australia, colonia inglesa en aquél entonces, lo que explica que en el acta matrimonial se consignara su condición de “súbdito inglés”; y ella de Álamos, Sonora, una ciudad fundada en 1682 por Domingo Terán de los Ríos, la cual tras el hallazgo de ricos yacimientos de plata se convirtió en la metrópoli más importante del noroeste de la Nueva España, mostrando desde sus inicios un sostenido progreso económico, así como un sorprendente avance político, social y cultural.

Emmanuel Peltier —el padre de mi abuelo Francis— nació en Estados Unidos, al igual que Louise Bart, su madre, pero sus antepasados en Francia, en *Maine-et-Loire*, uno de los cinco departamentos que conforman los *Pays de la Loire*, una región ubicada al oeste del país bordeada a lo largo de 368 kilómetros por el océano Atlántico. El departamento de Maine y Loira fue creado el 4 de marzo de 1790 durante la Revolución Francesa, y corresponde a la antigua provincia de Anjou. Su capital Nantes —el principal puerto de Europa a inicios del siglo XVII—, se encuentra a las orillas del río Loira, a 50 kilómetros del océano Atlántico, y a partir de la instalación de la Compañía de las Indias

en 1733, el comercio de esclavos negros se convirtió en la actividad más lucrativa, al grado de que los traficantes de esclavos construyeron importantes edificios en Nantes, Burdeos y La Rochela. Además de vender esclavos negros en Martinica, Guadalupe y, sobre todo, en Santo Domingo, importaban de las colonias de la Nueva España azúcar, ron, índigo, especias, café, cacao y café. De esta manera, Nantes se convirtió en un vasto mercado de reexportación de productos coloniales hacia otros puertos de Europa.

En 1715 Luis XV —llamado el Bien amado, *le Bien-Aimé*— fue coronado rey de Francia, y dos años después, en 1717, nació Jean Peltier, el tatarabuelo de mi abuelo Francis, el cual murió en 1788, a la edad de 70 años. Fue maestro cirujano, fiscal real y concejal. Su esposa Élisabeth Denise Cotelte nació en 1723, y falleció en 1765, a los 41 años de edad. Se casaron en 1741 y procrearon en total 16 hijos; el treceavo de ellos, Joseph, fue el bisabuelo de Francis, y vio la luz por vez primera el 29 de noviembre de 1760. Al igual que su padre, fue maestro cirujano, y falleció el 10 de marzo de 1818, a los 57 años de edad. Joseph Peltier se casó con Marie-Magdeleine Caillaud el 28 de noviembre de 1786. Su esposa nació en 1766, y falleció el 12 de octubre de 1848, a los 82 años de edad, por lo que le sobrevivió treinta años. El matrimonio Peltier-Caillaud procreó en total siete hijos: Sauver (1787-1844), Édouard (1788-1835), Felix (1791-1865), Emmanuel (1794-1833), Marie-Virginie (1796-1832), Zoe (1800-1801) y Lucien (1802-1885).

El cuarto de los siete hijos de Joseph y Marie-Magdeleine, esto es, Emmanuel Peltier Caillaud —mi tatarabuelo — nació el 24 de enero de 1794 en *Maine-et-Loire*, Francia, al igual que sus ancestros, pero murió en 1833 en *Bâton-Rouge*, Estados Unidos, a los 39 años de edad. Lo anterior debido a que al morir su padre, él y su hermano Felix decidieron buscar fortuna en América. Al llegar a los Estados Unidos en 1820 establecieron su residencia en *Bâton-Rouge*, una ciudad a las orillas del río Mississippi, a unos cuantos kilómetros de su desembocadura en el Golfo de México, colonia francesa entre 1699 y 1776. En esa ciudad —capital del estado de Louisiana—, mi tatarabuelo Emmanuel conoció a Louise Bart, con la cual contrajo matrimonio en 1824 en la *St. Joseph Cathedral*, una iglesia católica edificada en 1792 en el centro de *Bâton-Rouge*, y que en un principio se llamó Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores. Mi tatarabuela Louise nació en Estados Unidos en 1794, en Louisville, Kentucky, una ciudad nombrada así en honor a Luis XVI, Rey de Francia de 1774 a 1791, en reconocimiento al apoyo brindado a los colonos norteamericanos que lucharon por independizarse de la Gran Bretaña. Luis XVI fue ejecutado en la Plaza de la Revolución, hoy *Place de la Concorde*, en 1793, cuatro años después de escucharse por primera vez el grito de *Liberté, Égalité y Fraternité*, grito al que dio lugar la Revolución Francesa, cuya principal consecuencia fue la abolición de la monarquía absoluta y la proclamación de la República en 1796; esto es, surgió un nuevo régimen donde la ciudadanía, y en algunas ocasiones las masas populares, se convirtieron en la fuerza política dominante en el país.

Un año después de que mis tatarabuelos Emmanuel Peltier y Louise Bart unieron sus destinos, nació el 7 de agosto de

1825 mi bisabuelo, el cual fue bautizado con el nombre de Emmanuel, al igual que su padre. Dos años después, el 7 de septiembre de 1827, nació el segundo de los hijos, o mejor dicho hija, Marie, y el 12 de junio de 1830, nació el tercero, Édouard. La niñez de Emmanuel transcurrió tranquilamente en *Bâton-Rouge*, pero a los 8 años de edad la vida le asestó un duro golpe, pues su padre Emmanuel murió prematuramente en 1833, a la edad de 39 años. Al quedar huérfano de padre, su tío abuelo Felix lo acogió en su hogar y lo apoyó para que continuara con sus estudios, pero le impuso una condición: que los estudios los realizara en la escuela naval, pues quería que al concluirlos entrara a laborar en la empresa naviera de la cual era copropietario.

Emmanuel Peltier Bart terminó sus estudios en la escuela naval, tal y como se lo exigió su tío abuelo Felix, y la mayor parte del tiempo que vivió bajo su protección transcurrió sin mayor problema. Sin embargo, al cumplir 20 años de edad enfrentó una situación en extremo delicada, pues Catherine Philippine Camille de Sâeze, la esposa de Felix, una hermosa mujer con la que su tío abuelo se había casado en Nueva York el 2 de junio de 1825, empezó a coquetearle descaradamente: "Fue tal el acoso de la esposa del tío —escribió mi primo Jaime Girón Peltier en su autobiografía *El yoyo*— que mejor optó por marcharse de la casa". Felix, que ignoraba la verdadera razón por la que su sobrino había huido, lo busco por cielo, mar y tierra, hasta que lo encontró escondido en la casa de uno de sus compañeros de la escuela; pero eso sí, le advirtió que si volvía a escapar no solo le retiraría su apoyo económico, sino que también lo desheredaría. Sin embargo, como la esposa de su tío abuelo continuó acechándolo, no tuvo mas opción que huir de nuevo, pero en esta ocasión, y para que no

pudieran encontrarlo, se trasladó a Nueva Orleans, y de ahí al puerto de Boston, en donde se embarcó en calidad de grumete en el *Britannia*, un barco que zarpaba para Inglaterra.

Dos semanas después de que el *Britannia* dejara atrás el puerto de Boston, se suscitó en alta mar un trágico suceso, pues un brote de escorbuto provocó la muerte del capitán y de varios marinos. Al quedar el barco al garete, Emmanuel, que había adquirido conocimientos sobre navegación costera y pilotaje de altura, le ofreció su ayuda al contraemaestre, por lo que entre los dos se hicieron cargo de la nave, un vapor de 207 pies de largo y 1,156 toneladas de peso, impulsado por un motor de 403 caballos de fuerza. El vapor, que había sido botado unos meses antes en los astilleros de Robert Duncan, en el río Clyde en Escocia, y que estaba construido con roble africano y pino amarillo, parecía a lo lejos un velero grande dominado por tres mástiles y velas en aparejos convencionales. Con la ayuda de Emmanuel, el contraemaestre condujo el vapor sin contratiempo alguno hasta el puerto de Dover, Inglaterra, en donde lo atracó en la madrugada del 3 de diciembre de 1849. Los dueños de la *British and American Navigation Company* quedaron tan agradecidos con Emmanuel, que primero lo nombraron capitán de barco, y luego lo hicieron socio de la empresa.

En 1855, quince años después de haber puesto un pie por primera vez en la tierra de William Shakespeare —el Bardo de Avon—, mi bisabuelo Emmanuel conoció a Ellen Landers, una joven irlandesa nacida en 1827; esto es, veintiséis años después de que los parlamentos de Irlanda y Gran Bretaña firmaran el Acta de

Unión de 1801 que formalizó la unión de ambos reinos. Luego de dos años de noviazgo, se casaron en Rennes, Francia, y nueve meses después, en 1858, nació el primero de los hijos, al cual bautizaron con el nombre de Patrick.

En 1865, para sorpresa de los directivos de la *British and American Navigation Company*, Emmanuel les comunicó que dejaba la empresa, pues había tomado la decisión de trasladarse con su esposa y su pequeño hijo Patrick a Australia para aprovechar las oportunidades que la colonia inglesa ofrecía a las personas dispuestas a trabajar en el campo, pues la creciente demanda mundial de productos agrícolas y pecuarios australianos había propiciado que muchas familias inglesas emigraran a la isla en busca de mejores condiciones de vida. Como resultado de ello se conformó al paso del tiempo una amplia clase media y una prospera burguesía industrial, lo que contribuyó de manera definitiva a consolidar el dominio territorial que la Gran Bretaña había iniciado en 1788, cuando el capitán Arthur Phillip declaró a la isla mas grande del mundo como *Terra Nullius*.

Al llegar a Nueva Gales del Sur en 1866, Emmanuel, Ellen y su hijo Patrick, de tan solo dos años de edad, se trasladaron en carreta a Mulwala, un pueblo ubicado a doscientos ochenta kilómetros al norte de Melbourne. En ese lugar, asentado a la ribera de un gran lago, y cuya población no superaba las 500 almas, establecieron su residencia. Para ello, mi bisabuelo Emmanuel se hizo de una granja para la cría de borregos, la cual, de acuerdo con el registro catastral correspondiente al año de 1867,

estaba conformada por 7 lotes de distintos tamaños, que sumados daban un total de 169 acres.

Un año después de haber establecido su residencia en Mulwala, nació Francis —mi abuelo—, el cual vio la luz por primera vez el 29 de septiembre de 1861, y seis años después, el primero de septiembre de 1867, nació su hermana Marie. En 1869, dos años después, murió mi bisabuela Ellen Landers a la edad de 42 años. Emmanuel, en compañía de sus tres hijos: Patrick, de 11 años; Francis, de 8 años; y Marie, de 2 años, se trasladaron a Melbourne City, Victoria, para depositar sus restos mortales en una fría y lluviosa tarde del 29 de diciembre de 1869 en el *Melbourne General Cemetery*, en Carlton North.

Tres años después del triste suceso, mi bisabuelo Emmanuel abandonó Australia y se trasladó con sus tres hijos a Francia. Antes de ello vendió la finca que había adquirido para la crianza de borregos, así como los muebles y enseres domésticos. Luego, tras despedirse de vecinos y amigos, partió con sus tres hijos al puerto de Victoria, para abordar en la madrugada del primero de abril de 1872 el *Star of Peace*, un barco capitaneado por Boaden Richd, el cual los llevó a Inglaterra.

En la ciudad de Londres, la capital del imperio británico, en aquel momento el más poderoso del mundo gracias al largo e inteligente reinado de Victoria I, soberana de Gran Bretaña e Irlanda y Emperatriz de la India, Emmanuel y sus tres hijos permanecieron dos semanas. Luego de visitar viejos amigos y recorrer las principales calles de Londres, mi bisabuelo Emmanuel

y sus tres hijos partieron a mediados de mayo de 1872 a Rennes, Francia. Para ello cruzaron el Canal de la Mancha por el Paso de Caláis; esto es, abordaron en el puerto de Dover una barca fragil y sin quilla, para desembarcar cuatro horas después en Cabo Griz-Nez en la costa oeste de Francia, y luego trasladarse en carroza a Rennes, Bretagne, una ciudad de 57,177 habitantes ubicada a 50 kilómetros del Canal de la Mancha, en la confluencia del río *Vilaine* y de su afluente, el río *Ille*, en el noroeste de Francia.

En 1873, un año después de haber llegado a Rennes, Emmanuel decidió retornar a los Estados Unidos, pues las noticias que llegaban del país en el que nació, y que los periódicos franceses difundían todos los días en primera plana, únicamente hablaban de bonanza y prosperidad económica. Como no sabía con certeza que le depararía el futuro en la naciente potencia económica de la que había partido a los veinte años de edad, consideró que lo mas conveniente era dejar a sus tres hijos internados en la *Académie de Rennes*, en Bretagne, y regresar por ellos en la primera oportunidad.

Para trasladarse a los Estados Unidos, Emmanuel cruzó el océano Atlántico a bordo del *Columbia*, uno de los primeros barcos a vapor que la empresa naviera *Cunard Line* adquirió para competir por la ruta trasatlántica Liverpool-Nueva York. Tres días después de que el *Columbia* levantara anclas, el capitán del navío lo convidó a cenar a su mesa en el comedor principal. Entre los convidados a la cena —doce en total— se encontraba un joven oficial de la marina francesa de nombre Ernest Marie Ferdinand Richard, el cual relató a la hora de la sobremesa

que había ingresado a la marina francesa en 1860, a la edad de 17 años, y que había sido uno de los marinos que entre 1863 y 1864 habían transportado en los navíos de guerra a los 60 mil soldados que el emperador Napoleón III había enviado a México para imponer como Emperador al Archiduque Maximiliano de Habsburgo. Uno de los comensales —al parecer inglés— comentó que Francia había invadido a México no solo para restaurar la presencia francesa en el continente americano y poner un dique al expansionismo anglosajón, sino también para apoderarse de su riqueza minera, pues los funcionarios que el gobierno de Francia empezó a enviar de manera regular a México al principiar el siglo XIX, en particular a Duflot de Maifras —un gran conocedor de la obra de Alexander Von Humboldt—, reportaban la existencia de cantidades inconmensurables de oro y plata. A propósito, la carrera militar del joven oficial francés resultó exitosa, pues al paso del tiempo escaló los puestos mas importantes dentro de la marina francesa, hasta que en 1899 fue designado Comandante en Jefe de la División Naval en el Atlántico.

Emmanuel Peltier Bart desembarcó en el puerto de Nueva York a inicios de abril de 1873, luego de navegar durante tres semanas sobre las turbulentas aguas del océano Atlántico. Tras permanecer un corto tiempo en la ciudad —tuvo la oportunidad de conocer Central Park, la novedad del momento en Manhattan—, abordó el recién inaugurado ferrocarril transcontinental para trasladarse al extremo del país, a la costa oeste, a la nueva “Constantinopla”, como se le decía entonces a San Francisco por ser el único puerto de los Estados Unidos que comunicaba con Asia. En septiembre de 1873, unos meses después de llegar, se anotó en el padrón electoral para votar en las elecciones

legislativas que se celebrarían en noviembre de ese año, así como en las presidenciales que se llevarían a cabo tres años después, en 1876, en las que habría de elegirse al sucesor del general Ulysses S. Grant. En el renglón “domicilio” del padrón electoral, Emmanuel anotó el número 214 de la calle de Broadway; en el de “profesión”, Marino; y en el renglón de “nacimiento”, Louisiana. Unos años después se mudó a la calle de Humboldt, en Dow Prairie, lugar en donde se encuentra actualmente el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de San Francisco.

Para su mala fortuna, las expectativas con las que Emmanuel partió de Francia a los Estados Unidos —al país de las “grandes oportunidades”— se desvanecieron al poco tiempo de su llegada, pues el clima de prosperidad y auge económico que el país había experimentado al concluir la Guerra de Secesión en 1867 —lo que Mark Twain, el celebre autor de *Huckleberry Finn*, llamó la *Gilded age*— finalizó abruptamente el 18 de septiembre de 1873, a raíz del pánico que provocó entre los inversionistas la bancarrota del puntal bancario *Jay Cooke & Company*. La crisis financiera tuvo su lógico correlato en una inevitable crisis económica y social que se manifestó en la pérdida de miles de empleos, y en el surgimiento de una enorme masa de trabajadores sin posibilidad alguna de subsistencia.

Evidentemente, la crisis económica afectó las finanzas de mi bisabuelo Emmanuel, por lo que no pudo regresar a Francia sino hasta cinco años después, en 1878, esto es, luego de que Rutherford B. Hayes remplazara en la presidencia de los Estados Unidos al general Ulysses S. Grant. Al llegar a Francia a

mediados de 1878 —la novedad del momento era la Exposición Universal de París— se encontró con la noticia de que su hijo mayor Patrick, de 20 años de edad, se había enrolado en el ejército francés; y que el segundo de sus hijos, Francis —mi abuelo—, había finalizado la secundaria especial en la *Academie de Rennes*, tal y como lo avala el certificado escolar que el director del colegio, monsieur Rollin Daris, le entregó el 18 de julio de 1878. De acuerdo con la boleta de exámenes, Francis sacó 7 en *Composition Littéraire*; 7 en *Physique et Chimie*; 7 en *Histoire Naturelle*; 9 en *Anglais*; y 10 en *Graphique*; pero en *Histoire y Géographie*, y *Legislation Economie* y *Mathématiques*, le fue pésimo. En el renglón *Observations du Provisieur* aparece una nota escrita a mano por su profesor Sarneis que dice: “... *es descuidado en ciencias, pero en inglés y geografía va bien.*”.

Así, Emmanuel retornó en 1879 a los Estados Unidos en compañía de solo dos de sus hijos, Francis y Marie, de 17 y 11 años de edad, respectivamente, pues el mayor de ellos, Patrick, se quedó en Francia para continuar con su carrera militar. Con el tiempo, Patrick alcanza el grado de *Capitaine au 1er. Regiment d'Infanterie de Marine*, y fue nombrado *Chevalier de la Légion d'Honneur*. Al estallar la Primera Guerra Mundial en julio de 1914 partió al frente de batalla, y luego, en 1917, el alto mando del ejército francés le encomendó la importante tarea de fungir, dado su dominio del idioma inglés, como enlace entre el ejército francés y la Fuerza Expedicionaria Estadounidense comandada por John J. Pershing, aquél general que unos meses antes había ingresado a México al frente de diez mil soldados para capturar al general Pancho Villa, luego de que el revolucionario atacara el 9 de marzo de 1916 un destacamento estadounidense en el poblado de

Columbus, Nuevo México. Como es sabido, el general Pershing nunca pudo capturar al Centauro del Norte. Mi tío abuelo Patrick murió en el campo de batalla en 1918, a la edad de 60 años, y sus restos mortales están depositados en el cementerio de *Mont Dol (Le), Ille-et-Vilaine*, en Bretagne.

Al llegar a San Francisco al principiar 1879, lo primero que hizo mi bisabuelo Emmanuel fue inscribir a sus dos hijos en la escuela: a Francis en High School, y a Marie en Junior School. Al concluir sus hijos el ciclo escolar en 1881, se mudó con ellos a los Los Ángeles, una ciudad fundada cien años antes por un puñado de españoles y poblada al principio por gente venida de Sonora y Sinaloa. Al llegar a la ciudad habitada entonces por mas de 11 mil personas, Francis, quien acababa de cumplir 21 años de edad, empezó a buscar trabajo. Luego de probar en varios lugares sin mucho éxito, se integró en 1882 a una empresa que tenía como finalidad comercializar los lotes en los que se había subdividido el Rancho Rodeo de las Aguas, una propiedad de 4,500 acres, cuya dueña original, una mujer hispano-mexicana de nombre María Rita Quinteros Valdez Villa, había vendido en 1854 por 4 mil dólares a Benjamin Davis Wilson y Henry Hancock. Al empezar la década de 1880, los nuevos dueños pensaron que sería mas redituable subdividir el rancho en lotes de 75 acres, y vendérselos a los anglosajones ricos de la costa oeste de Los Ángeles. En esos lotes se edificaría años mas tarde la zona residencial más lujosa de los Estados Unidos: Beverly Hills. De hecho, el famoso hotel que lleva ese nombre esta ubicado exactamente en el lugar en donde se encontraba la rústica casa de María Rita Quinteros Valdez Villa.

Carmen Loya Fisher, la sobrina de mi tío Guillermo San Martín —el esposo de mi tía Elena Peltier Rivas—, cuenta que en 1960 acompañó a Fina —la hermana mayor de mi papá—, a la Biblioteca Pública de la Ciudad de Los Ángeles a buscar los planos originales de los terrenos sobre los cuales se había edificado Beverly Hills, y que luego de revisar una buena cantidad vieron de repente anotado en uno de ellos el nombre de “Francis Peltier”. Carmelita cuenta que cuando mi tía Fina vió el nombre de su papá escrito en el plano casi se desmaya de emoción.

En 1884, al cumplir 24 años de edad, mi abuelo Francis fue contratado por una empresa minera de los Ángeles para explorar el sur de California, y si bien es cierto que ya había pasado la “fiebre del oro” que se desató en 1848, cuando un trabajador de un aserradero había encontrado por casualidad pepitas de oro en un riachuelo, había todavía vastas regiones por explorar. Después de varios meses de recorrer el sur de California, y no encontrar ningún filón de oro importante, Francis decidió probar suerte del lado mexicano, pues entre los mineros de la región circulaba el rumor de que en el noroeste de Sonora había vetas auríferas semejantes a las de California.

Así pues, al principiar 1886 Francis se enfiló al sur de California, y al llegar al Río Gila, un afluente de 1,044 kilómetros de longitud que discurre por los estados de Nuevo México y Arizona, lo cruzó para pasarse al lado mexicano. Durante su recorrido por el norte de Sonora se percató, en efecto, que la orografía era similar por su aspecto geológico a la región de la Alta California, pues los estratos metalúrgicos eran de carácter aurífero

similares a los que se hallaron en California en 1848, y si bien encontró dos o tres yacimientos de buena ley, decidió probar suerte mas al sur del estado, pues unos mineros le informaron que en Álamos había ricos yacimientos de plata. Al hacer averiguaciones sobre la llamada “Capital de la Plata”, Francis descubrió que había sido la metrópoli colonial mas importante de la Nueva España por la riqueza de sus minas de plata, y que como le había dicho a su padre el inglés del barco, una de las razones del Emperador de Francia, Napoleón III, para enviar al Archiduque Maximiliano de Austria a gobernar México, era la de apoderarse del preciado mineral. En Francia se sabia muy bien que las minas descubiertas en Álamos a finales del siglo XVII —Promontorios, Minas Nuevas, Rosario y Aduana— habían producido más plata que todas las del resto de la Nueva España.

Así, luego de remontar durante tres semanas el accidentado territorio del norte de Sonora, escarpado en su mitad oriental por las estribaciones de la Sierra Madre Occidental, mi abuelo Francis Peltier Landers llegó a Álamos en marzo de 1886. Al transitar por primera vez por la angosta calle de La Aurora —la entrada principal a la ciudad—, se sorprendió al ver las imponentes mansiones de clara influencia morisca que la flanqueaban, pero mas impresionado quedó al desembocar en la Plaza de Armas y vislumbrar un hermoso cuadrangular de “cien varas castellanas por lado”, empedrado al estilo de los viejos pueblos de España y rodeado por los cuatro costados por bellos portales. Si bien la belleza de la ciudad colonial lo cautivó, dos meses después quedaría totalmente atónito al conocer a María Adelaida Rivas, una bella joven de 17 años de edad que cambiaria el curso de su vida, pues sería la mujer con la que se casaría y con la que

procrearía ocho hijos, uno de los cuales, el penúltimo de todos — Rodolfo— habría de ser mi padre.

María Adelaida Rivas Gil Samaniego, mi abuela, era una joven nacida en el seno de una familia de abolengo. Sus padres, Teodoro Rivas Niebla y Josefina Gil Samaniego Antelo, nacieron en Álamos, pero su abuelo paterno Gregorio Rivas era natural de la Provincia de Cantabria —ahora Provincia de Santander—, y fue uno de los tantos españoles que desde finales del siglo XVIII empezaron a llegar a la Nueva España, con el propósito de crear haciendas y establecer negocios comerciales y, sobre todo, explotar los ricos yacimiento de plata. A diferencia de los primeros españoles llegados al país, estos nuevos inmigrantes eran refinados y educados. Como arribaron a la Nueva España con un sentido de permanencia, con el paso del tiempo se fue conformando una red de familias españolas prominentes, las cuales amasaron grandes fortunas gracias a la minería y al comercio, que luego utilizaron para adquirir propiedades agrícolas y ganaderas. Al llegar a México en 1840, mi tatarabuelo Gregorio Rivas sentó sus reales en Mazatlán, Sinaloa. Y ahí, en el bello puerto del Pacífico, conoció a Tomasa Niebla, una joven de El Fuerte, Sinaloa, con la que se casó el 9 de noviembre de 1849 en la Iglesia de la Santa Catedral.

Por su parte, Joaquin Gil Samaniego, el abuelo materno de mi abuela María Adelaida, nació en Álamos, y contrajo matrimonio con María Dolores Antelo Piñeiro en la Parroquia de la Purísima Concepción en 1847. En total tuvieron cuatro hijos: Leopoldo, Trinidad, Josefa —mi bisabuela—, y Felipe.

Leopoldo Gil Samaniego, el hermano de Joaquin, fue un destacado político alamense. Cuando el Archiduque Maximiliano de Habsburgo llegó a México al frente del ejército francés para establecer el Segundo Imperio, el Gobierno del Estado de Sonora se pronunció en su contra el 17 de julio de 1863, y procedió a organizar fuerzas de guardia nacional y a nombrar comisiones en todas las cabeceras del Distrito de Álamos para recolectar donativos para los gastos de guerra y abastecer los hospitales de sangre. Para lograrlo, y levantar asimismo el espíritu patrio y reunir los elementos necesarios para enfrentar a los franceses y a sus aliados, un grupo de ciudadanos de Alamos, entre los cuales estaba mi tío tatarabuelo Leopoldo Gil Samaniego, organizaron el club político “Independencia, Libertad o Muerte”. La primera actividad del club político fue reunir 10 mil pesos y enviárselos al presidente Benito Juárez como muestra de apoyo. Entre los miembros fundadores del club político estaban, además de Leopoldo Gil Samaniego, José A. Almada, Victoriano Ortiz y Rodríguez, Andrés Wilson, Manuel Salazar, Carlos C. Avilés, José Rodríguez, Laureano Felix, José Ma. Márquez, Antonio Navarro y Francisco Miranda.

Tras años después de la formación del club “Independencia, Libertad o Muerte”, el ejército francés, el más poderoso del mundo, fue derrotado, y empezó a evacuar sus tropas de territorio mexicano. Aparte del avance del ejército mexicano, contribuyeron al fin de la invasión factores geopolíticos, como la inminente guerra entre Francia y Prusia, y la derrota de los confederados en la Guerra de Secesión en los Estados Unidos en 1865, los cuales respaldaron en todo momento a Napoleón III. El 19 de junio de 1867 el Archiduque Maximiliano fue fusilado en el

Cerro de las Campanas, Querétaro, lo que selló el triunfo definitivo de la república liberal.

Seis años después de la derrota del Segundo Imperio y del triunfo de los liberales, mi tío tatarabuelo Leopoldo, junto con otros ciudadanos de Alamos, se involucró en otra aventura política, pues el 20 de septiembre de 1873 suscribió el “Plan Político de Promontorios”, mediante el cual acusaban al gobernador Ignacio Pesqueira —un héroe de las luchas de Reforma—, de “pisotear la ley constitucional del Estado, así como cometer abusos de todo género”. El plan consideraba “ilegítimas y espúreas” las elecciones que le dieron el triunfo, y solo reconocía como legítima la Constitución del 1o. de noviembre de 1872. Todos los alamenses que suscribieron el plan juraron defender la constitución vigente del Estado de Sonora y sostenerla con las armas en la mano. Además de Leopoldo, firmaron el Plan Carlos Conant Maldonado —el líder del movimiento—, Antonio Encinas, Francisco J. Ibarra, Cayetano Monzón, Carlos Almada, José Ma. Anchondo, Manuel Roncal, Lucio Ibarra, Jesús Peral, José Felix, Ignacio Ramos, Manuel Lizarraga, Juan Moreno, Lucio Almada, Jesús Bórquez, Vicente Ampudia, Onofre Rochín y otros ciudadanos alamenses.

Si bien el Plan de Promontorios logró aglutinar a más de 300 personas para enfrentar las fuerzas militares del general Pesqueira, fueron derrotados tras varios combates. El Gobierno del Estado recuperó Álamos, y Carlos Conat, el líder de los rebeldes, fue aprehendido en Mineral de Guadalupe de los Reyes, y luego conducido por una escolta hasta Álamos, lugar en donde fue

juzgado de acuerdo con la Ley de Plagiarios, asignándole la pena de muerte. Sin embargo, esta no fue ejecutada, pues la Legislatura del Estado le conmutó la pena de muerte por la de destierro. Los demás miembros que participaron en el fallido Plan de Promontorios tuvieron que huir del estado debido a la represión que se desató contra ellos. Entre los que huyeron estaba Ramón Corral Verdugo, un joven de 21 años de edad, quien era el responsable de la edición de “La Voz de Álamos”, un periódico contrario al gobernador. Este joven periodista fue perseguido por los hombres del general Pesqueira con la orden de matarlo, pero logró salvar su vida al huir hasta la huerta de "Las Borregas", en Villa de Chinipas, Chihuahua, en donde Bernardo Mancinas lo escondió dentro de una *tasolera*, y pese a los amagos que recibió, no lo denunció.

Los miembros que participaron en el Plan de Promontorios, y que permanecieron en Álamos, no levantaron cabeza durante 1874 y 1875; pero en 1876, a raíz de la revolución de Tuxtepec, encabezada por el general Porfirio Díaz —el héroe de la batalla de Puebla del 2 de abril de 1867 contra el ejército francés — comenzaron a congregarse para formular un nuevo plan para deponer al general Pesqueira como gobernador del estado de Sonora. En esta ocasión la sublevación en su contra se generalizó, y Pesqueira, al ver que la oposición crecía, pidió ayuda al gobierno federal. Como respuesta el gobierno federal envió al general Vicente Mariscal, el cual después de prolongadas discusiones y de no llegar a ningún acuerdo, tomó una decisión salomónica: declaró a Sonora en estado de sitio y asumió el 14 de marzo de 1876 las funciones de gobernador provisional y comandante militar.

La revolución de Tuxtepec triunfó en 1877, por lo que Sebastián Lerdo de Tejada, quien tras la muerte de Benito Juárez había asumido de manera interina la presidencia de México en 1872, abandonó el país para exiliarse en Nueva York. El general Porfirio Díaz asumió la presidencia de México el 5 de mayo de 1877, y unas semanas después confirmó al general Mariscal como gobernador del estado de Sonora, por lo que este inicio formalmente su gestión el 4 de julio de 1877. Un año después de asumir la jefatura del gobierno de Sonora, la situación política y administrativa había empeorado, por lo que en agosto de 1878 envió un comunicado al Senado de la República solicitando ayuda con carácter de urgente. Al no recibir respuesta alguna, y ver que las sublevaciones en su contra aumentaban en distintas regiones de Sonora, decidió retirarse para evitar más enfrentamientos y muertes. Así, el 4 de abril de 1879 el congreso del estado sesionó, y luego de acordar que Hermosillo, y no Ures, fuera la capital del estado de Sonora, convocó a elecciones, quedando al frente del gobierno el general Luis E. Torres, un excombatiente contra la intervención francesa.

Así pues, seis años después del fracaso del Plan de Promontorios, tres de sus principales protagonistas, Luis E. Torres, Rafael Izábal Salido y Ramón Corral Verdugo, accedieron en 1879 al poder, y se mantuvieron en el durante treinta años. Expandieron su influencia política, primero de local a regional, y luego a nivel nacional, hasta que el 25 de mayo de 1911, día en la que el general Porfirio Díaz presentó al Congreso de la Unión su renuncia a la Presidencia de México. Luis E. Torres, después de ser gobernador del estado, fue jefe de la región militar, y luego se reeligió como gobernador cuatro veces más; a su vez, Rafael Izábal Salido fue

regidor del ayuntamiento de la capital del estado, varias veces diputado, y luego gobernador del estado, y finalmente Ramón Corral Verdugo, que fue dos veces gobernador del estado de Sonora, luego gobernador del Distrito Federal, después secretario de Gobernación, y finalmente vicepresidente de México de 1904 a 1911, lo que marcó de manera indiscutible la presencia e influencia de los sonorenses en la política nacional.

Desafortunadamente mi tío tatarabuelo Leopoldo Gil Samaniego no alcanzó a celebrar el triunfo con sus correligionarios, con los que había suscrito el Plan de Promontorios en 1873, ya que la muerte se atravesó en su camino, pues falleció prematuramente en 1878, a la edad de 39 años. Su viuda, Rosario Gutiérrez quedó a cargo de las dos hijas: Isabel y María del Rosario. Tuvieron un hijo, Carlos, pero murió poco después de cumplir los tres años de edad.

La familia de mi abuela María Adelaida mantenía, pese a las radicales reformas realizadas en 1859 por el presidente Benito Juárez, las viejas tradiciones señoriales y coloniales, y conservaba un escrupuloso ordenamiento en el que sobrevivían los lastres estamentales de la sociedad colonial y la vocación de pulcritud de una comunidad criolla, católica, consciente de sus privilegios así como de la genealogía familiar. Al pertenecer a una familia de abolengo, María Adelaida tenía derecho a un lugar fijo y a un reclinatorio en la iglesia, mientras que otras familias, si bien de clase acomodada, pero sin abolengo, tenían solo derecho a un reclinatorio, pero no a un lugar fijo, por lo que una vez finalizada

la misa, tenían que amontonarse a un lado de la iglesia para ver pasar la procesión.

Al llegar Francis Peltier Landers a Álamos en 1866, entabló amistad con los miembros prominentes de la sociedad alamense; su condición de “súbdito inglés” —si bien todos pensaban que era norteamericano— le ayudó a ello. Una de las primeras personas que conoció fue a Tomás Bley, el dueño de la mercería mas grande de la ciudad —la “Mercería La Paz”—, cuyas ventas superaban los 24 mil pesos anuales. Trabajó amistad también con Ignacio Almada, propietario de una lencería y una abarrotería, con ventas de 23 mil pesos al año. Igualmente se hizo amigo de Juan Balderrama, dueño de dos comercios de ropa y de una tienda de abarrotes, con ventas mayores a los 20 mil pesos al año. Trabajó amistad asimismo con Filomeno Acosta, el propietario de la zapatería y de la tenería de la ciudad, y con don Tomás Chávez, el dueño de la panadería

Confraternizó también con don Simeón Almada, el dueño de las haciendas el “Porvenir” y “Quiriego”, las cuales eran tan extensas como las del Valle del Mayo, pues en conjunto abarcaban cerca de 30 mil hectáreas distribuidas en los municipios de Álamos y Quiriego. Trabajó amistad asimismo con los hermanos Urrea, dueños de la hacienda el “Carrizal”, que tenía una extensión de más de 7 mil hectáreas, y en donde se cosechaban 5 mil hectolitros de garbanzo para exportación y 3 mil de maíz. Finalmente conoció a los que habrían de ser con el paso del tiempo sus mejores amigos: Flavio A. Bórquez Valderráin, Ramón Ross Valderráin, Benjamin G. Hill y Juan Tirado.

El noviazgo de mis abuelos Francis Peltier Landers y María Adelaida Rivas Gil Samaniego duró dos años, tiempo que el protocolo social de la época imponía a las familias católicas para que pudieran unirse en sagrado matrimonio. La boda religiosa se realizó el 7 de abril de 1888 en la Parroquia de la Purísima Concepción, sede del primer obispado sonorense. La misa dió comienzo a las siete en punto de la noche, y el arzobispo de Sonora, revestido de alba, estola y casulla, acompañado por sus ayudantes, recibió a Francis y a María Adelaida en la puerta de la parroquia, y después de saludarlos afablemente y hacerles saber que la Iglesia compartía su alegría, le indicó al novio que se adelantara al altar, y luego instruyó a la novia para que lo alcanzara asida del brazo de su padre. A la novia y al padre les tomo cinco minutos cruzar la planta del templo de cruz latina —típica de las construcciones religiosas de los siglos XVIII y XIX—, y pasar por los ocho gruesos pilares de cantera que sostenían los veintidós arcos sobre los cuales descansaban las catorce bóvedas que conformaban la nave central. Al concluir la caminata, el padre de la novia procedió a entregar la mano de su hija al futuro esposo. En la parte posterior del altar mayor —en el ábside—, se apreciaba claramente un ciprés de cantera labrada de dos cuerpos, cada uno de ocho columnas con elementos en forma de hojas de acanto doradas en los cápitelos; en uno de ellos sobresalía un manifestador de bronce con un crucifijo del mismo metal al frente, y en el otro, una bella escultura de la Purísima Concepción.

Al concluir la ceremonia religiosa a las ocho de la noche en punto, según las manecillas del monumental reloj que desde 1861 coronaba la entrada principal de la Parroquia —diseño y manufactura de la Casa Wagner de París, la fabrica de relojería

pública más importante del siglo XIX—, las tres campanas de la torre principal repicaron al igual que lo habían hecho el 4 de septiembre de 1866, cuando el general Angel Martínez, con sus soldados nayaritas, “los macheteros”, derrotaron a las tropas francesas en una batalla decisiva para la restauración de la República. Una hora después de concluida la boda religiosa, se llevo a cabo la boda civil en la casa de mis bisabuelos Teodoro Rivas Niebla y Josefina Gil Samaniego Antelo. El Juez Civil que presidió el acto fue Juan Rivas Niebla, hermano de Teodoro. Los testigos fueron Antonio Oviedo, Pedro A. Córballa y Luis G. Fernández. Mi bisabuelo Emmanuel Peltier Bart y su hija Marie no asistieron pues radicaban en la Ciudad de Los Ángeles. En la ceremonia civil estuvieron presentes los tres hermanos de María Adelaida: Teodoro, Eduardo y Reynaldo, así como sus cuatro hermanas: Emilia, Isabel, María Josefa y Lucila.

Un año después de la boda, Francis y María Adelaida iniciaron una especie de periplo por diversas ciudades del país. De Álamos —la capital de la plata— se trasladaron en 1889 a Villa de Chinipas, Chihuahua, pues mi abuelo fue contratado por la *Palmarejo and Mexican Gold Fields, Ltd.*, una empresa inglesa que en 1866 le compró por 850 mil pesos la mina Palmarejo a la propietaria original, doña Justina Almada Gonzáles de Zayas. En Villa Chinipas —nombrada así por la tribu indígena “chinipas”—, vivieron cuatro años, de 1889 a 1892, tiempo en el cual nacieron sus dos primeros hijos: Francisco, que nació el 18 de mayo de 1890, y Adelaida, que vio la luz por primera vez el 19 de agosto de 1891. Tres meses después del nacimiento del primero de sus hijos, mi abuela María Adelaida enfrentó una terrible tragedia, pues Teodoro, su hermano menor, de tan solo 17 años de edad, y que

estaba de visita en Villa de Chinipas, fue asesinado de un balazo en el pecho a las 5:40 horas de la tarde del 15 de agosto de 1890. El trágico suceso fue devastador para mis bisabuelos Teodoro y Josefina, y no se diga para María Adelaida, pues la muerte de su hermano menor le causó un dolor inconmensurable del que nunca pudo sobreponerse.

A mediados de 1892 mis abuelos Francis y María Adelaida retornaron a Álamos, ciudad en la que permanecieron cuatro años. En ese lapso nacieron dos hijos más: Gustavo, que nació el 3 de junio de 1893, y Eugenio, que nació el 11 de enero de 1895. El Juez de lo Civil que registró el nacimiento de ambos fue nuevamente mi tío bisabuelo Juan Rivas Niebla. Los testigos que firmaron el acta de nacimiento fueron, en el caso de Gustavo, Miguel Goycochea, funcionario de la Casa de Moneda, y Luis G. Fernández, boticario de Álamos. A su vez, los que firmaron el acta de nacimiento de Eugenio fueron Flavio A. Bórquez Valderráin y su primo Ramón Ross Valderráin.

En 1893 la prima hermana de María Adelaida, María del Rosario Gil Samaniego Gutierrez, de tan solo 17 años de edad, celebró su boda con Flavio A. Bórquez Valderráin, un joven de apenas 23 años de edad, oriundo de El Quiriego, un municipio aledaño a los de Navojoa, Álamos y Cajeme. La boda religiosa se celebró a las ocho de la noche del 17 de febrero de 1893 en la Parroquia de la Purísima Concepción, y dos horas después, a las 10 de la noche, se efectuó la ceremonia civil en la residencia del finado Leopoldo Gil Samaniego, aquel tío tatarabuelo que participó en 1863 en la fundación del club político “Independencia,

Libertad o Muerte” para enfrentar al ejército francés, y luego en 1873 en el fallido Plan de Promontorios para desbancar al gobernador del estado de Sonora. El Juez de lo Civil que los casó fue de nueva cuenta Juan Rivas Niebla, y los testigos fueron Ramón Ross Valderráin, Jesús Tirado y mi abuelo Francis Peltier Landers.

En 1886 la familia se traslado al sur de México, al estado de Oaxaca, pues mi abuelo Francis adquirió una finca cafetalera en San Miguel Teotitlán del Camino, a la que nombró “Santa Adelaida”, en honor a su esposa. El 28 de mayo de 1897, unos meses después de haberse establecido en la finca, nació el quinto de sus hijos, o mejor dicho hija, la cual fue bautizada con el nombre de Ana Elena María, la cual, por desgracia, murió unos días después de nacer. En medio del pesar, mi abuelo remató la finca cafetalera, y se trasladó a principios de 1898 con María Adelaida y sus cuatro hijos a Mazatlán, Sinaloa. En el bello puerto del Pacífico permanecieron hasta 1904, lapso en el cual nacieron dos hijos mas, el sexto y el séptimo. Mi tío Roberto nació el 17 de enero de 1900, y dos años después, el 16 de junio de 1902, María Josefa Clotilde, a quien todo mundo llamaba “Fina”. Cincuenta años después, en 1952, el hijo de mi tía Fina, Carlos Girón Peltier, se casaría con Beatriz, la hija del presidente de México, Miguel Alemán Valdés.

Del puerto de Mazatlán, mis abuelos y sus seis hijos se trasladaron a la frontera norte del país, a Nogales, Sonora, un municipio colindante con otro Nogales, el de Arizona, Estados Unidos. Al llegar ahí, descubrieron que la población del municipio

apenas rebasaba las mil almas, que a lo sumo había 50 casas, que la mayor parte eran de madera, y que todas estaban alineadas al sur de una línea imaginaria que dividía los dos Nogales, el de México y el de Estados Unidos, pero que en la realidad ambas franjas urbanas formaban un solo pueblo, en donde la mayor parte de sus habitantes, por no decir todos, tenían vínculos comerciales y personales entre sí.

Veinticinco años antes de que Francis y María Adelaida llegaran a Nogales no existía absolutamente nada; el lugar, como bien apuntó en sus *Memorias* Ramón Corral Verdugo, el dos veces gobernador del estado de Sonora (1887-1891 y 1895-1899), y luego vicepresidente de México de 1904 a 1911:

“...era un verdadero desierto, donde no se veía mas que una casa de lona, especie de tienda de campaña que servía de insuficiente abrigo a los empleados fiscales de la República”.

Nogales empezó a poblarse al empezar la década de 1880 debido a dos decisiones administrativas que tomo el presidente de México, el general Porfirio Díaz. La primera fue establecer en ese lugar una aduana fronteriza, y la segunda que por ahí pasara el Ferrocarril que comunicaría el puerto de Guaymas con Tucson, una ciudad norteamericana que estaba en plena expansión industrial. La construcción del ferrocarril empezó por el mar, ya que el tendido de la primera parte de la línea férrea inició en Punta de Arena, en Guaymas, en mayo de 1880, y concluyó en Hermosillo en 1881; el segundo tramo, el de Hermosillo a Nogales, se inauguró el 2 de noviembre de 1882. Dos años después de que el

gobernador Luis E. Torres —cabeza del triunvirato que desde 1877 gobernaba Sonora— inaugurara la estación del ferrocarril, ordenó se elaborara un plano para establecer un nuevo poblado, así como el proyecto de fundo legal, por lo que Nogales se convirtió en municipio el 9 de julio de 1884, y cinco años después, el 13 de julio de 1889, adquirió el título de villa; no fue sino hasta 1920 cuando adquirió la categoría de ciudad.

Una vez que el Ferrocarril empezó a funcionar a finales de 1882, la expansión de las vías férreas se extendió al sur del estado, pues se tendieron vías hacia la Estación Don, lo que dio lugar al nacimiento de nuevas localidades, como es el caso del tendido de la red ferroviaria de La Colorada-Minas Prietas en 1896, el de Cananea en 1902, y la de Nacozari en 1904. La llegada del ferrocarril rompió el aislamiento secular del estado de Sonora, y contribuyó de manera definitiva a consolidar el proyecto modernizador que el presidente Díaz había emprendido al llegar al poder en 1877, pues el comercio entre los estados fronterizos de Sonora y Arizona se intensificó de manera significativa. El impacto no solo fue económico, sino también cultural, pues la influencia de las costumbres y el modo de ser de los norteamericanos modificó muchos aspectos de la vida cotidiana tradicional de los hombres y de las mujeres sonorenses, desde la forma de emprender un negocio, hasta cosas tan simples como la manera de festejar la Navidad. Asimismo, las norteñas adquirieron formas de conducta que las diferenciaron claramente de las mujeres sumisas del centro y del sur del país. Si lo anterior fuera poca cosa, se introdujo el béisbol como deporte favorito entre los sonorenses, mismo que empezó a practicarse de manera

profesional a partir de 1892, cuando la novena de Guaymas ganó la primera “Copa de Plata” contra la novena *Line City* de Nogales.

Al llegar mi abuelo Francis a Nogales en 1904, trabó amistad con Manuel Mascareñas Porras y Guillermo Barnet, dueños de las haciendas *Santa Bárbara* y *Arizona*, importantes productoras de trigo y pacas para ganado. Pese al sello rústico original de la fortuna de Manuel Mascareñas Porras, también incursionó en la minería —encabezó una sociedad para explotar 3,299 hectáreas en la municipalidad de Fronteras, en el Distrito de Arizpe—, y en la banca comercial, pues con Ramón Corral Verdugo, el gobernador del estado de Sonora, y 28 accionistas más de Hermosillo, Guaymas y Nogales, fundó en 1897 el Banco de Sonora, S.A. Mi abuelo trabó amistad también con Ignacio Bonillas Fraijo, un ingeniero minero egresado del prestigiado Boston Institute of Technology, el cual se desempeñaba en aquel entonces como asesor de las principales compañías mineras extranjeras establecidas en Nogales; él fue por cierto el responsable de realizar en 1884 por encargo del gobierno de Sonora el trazo del plano del municipio de Nogales; el otro plano, el de Nogales, Arizona, lo realizó Mr. Charles Herbert.

Mis abuelos establecieron su residencia en Santa Cruz, un condado ubicado en el estado de Arizona, Estados Unidos, a tan solo 30 kilómetros al norte de Nogales, Sonora. Al poco tiempo de establecerse, mi abuelo Francis pasó a formar parte del Executive Committee de la *Arizona and Sonora Chamber of Mines*, y poco después Manuel Mascareñas Porras —uno de los principales accionistas del Banco de Sonora— lo nombró gerente

de la sucursal del banco en Nogales, en sustitución de su hijo Manuel, quien pasó a ocupar la gerencia de la sucursal de Guaymas. En 1925, veinte años después, este último sería designado por el presidente de México, el general Plutarco Elías Calles, como primer director general del recién fundado Banco de México.

En 1907, dos años después de que Francis y María Adelaida llegaron a Nogales, nació el séptimo de sus hijos — Rodolfo, mi padre—, el cual vio la luz por primera vez el 29 de enero en el condado de Santa Cruz, Arizona. Tres años después, en 1910, nació en ese mismo lugar Elena, bautizada en recuerdo de Ana Elena María, la hija nacida en Oaxaca que falleció poco después de nacer. Así pues, mis abuelos Francis y María Adelaida tuvieron en total ocho hijos, cinco fueron hombres: Francisco, Gustavo, Eugenio, Roberto y Rodolfo; y tres mujeres: Adelaida, Josefina y Elena. Los primeros seis nacieron en diferentes ciudades de México, y los dos últimos, Rodolfo y Elena, en el condado de Santa Cruz, Arizona, Estados Unidos.

El bautizo de mi padre se realizó el 30 de marzo de 1907. El reverendo L. Duval, de la *Sarret Heart Church*, lo bautizó con el nombre de *José Rodolfo Francisco*, y sus padrinos fueron Reynaldo e Isabel Rivas Gil Samaniego, hermanos de su mamá. La fiesta del bautizo se llevó a cabo en el Hotel Moctezuma, y los principales diarios de Nogales, el *Nogales Herald* y *The Arizona Republican*, destacaron la presencia del licenciado Rafael Izábal Salido, gobernador del estado de Sonora; del señor Alberto Mascareñas Porras, accionista del Banco de Sonora y de su esposa

María Luisa Navarro Montijo; de su hijo Manuel Mascareñas Navarro, gerente de la sucursal del Banco de Sonora en Guaymas; del ingeniero Ignacio Bonillas Fraijo; de Ramón Ross Valderráin, presidente municipal de Huatabampo; de Flavio A. Bórquez Valderráin y su esposa María del Rosario Gil Samaniego Gutierrez; del señor José Guadalupe Irizar y de su esposa María Josefa Isabel Rivas Gil Samaniego; de Manuel Macías Gutierrez y su esposa Emilia Rivas Gil Samaniego (los abuelos del escritor Carlos Fuentes, el autor de *La región más transparente*); de Eduardo Rivas Gil Samaniego y su esposa Dolores Santoyo; de Reynaldo Rivas Gil Samaniego y su esposa Herminia Mazón; y de Antonio C. Martínez y de su esposa Lucia Rivas Gil Samaniego, entre otros tantos.

El 1o. de abril de 1907, dos días después de que se celebró el bautizo de mi padre, los principales periódicos del país anunciaron a tambor batiente la creación de una comisión encargada de organizar las fiestas del centenario de la independencia de México a realizarse en septiembre de 1910. El secretario de Gobernación, Ramón Corral Verdugo —el dos veces exgobernador de Sonora— fue quien emitió por instrucciones del presidente de México, el general Porfirio Díaz, el decreto para la creación oficial de la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia. Como presidente de la comisión fue nombrado Guillermo de Landa y Escandón, y como vocales fueron designados Francisco D. Barroso, Serapio Rendón Fernández, Romualdo Pasquel, Fernando Pimentel y Fagoaga, Eugenio Rascón, Rafael Rebollar, Carlos Rivas, Manuel Vázquez Tagle y Porfirio Díaz, el primogénito del general Porfirio Díaz; como secretario quedó al frente José Casarín.

Lo que nadie podía imaginar al leer la nota periodística, es que tan solo tres años después, en plena celebración de los primeros cien años de independencia de México, un próspero hacendado del Estado de Coahuila, de nombre Francisco I. Madero, promulgaría el 5 de octubre de 1910 un plan —el Plan de San Luis Potosí—, por medio del cual desconocería la reelección del presidente Porfirio Díaz y convocaría al pueblo de México a levantarse en armas el 20 de noviembre de 1910 a las seis en punto de la tarde; y mucho menos que dicho plan, cuyo lema sería “Sufragio Efectivo. No Reelección”, obligaría al general Porfirio Díaz a presentar su renuncia como presidente de México al Congreso de la Unión en mayo de 1911, tan solo seis meses después de que el plan fuera promulgado. Tampoco se podía imaginar, que el responsable del Plan sería electo presidente de México en un proceso democrático —el primero que se celebraría en el país—, y que en medio del júbilo de la población asumiría el 6 de noviembre de 1911 la Presidencia de México. Tampoco, por supuesto se podría vislumbrar que el 19 de febrero de 1913, tan solo 15 meses después de haber asumido el poder, un general de nombre Victoriano Huerta derrocaría a Madero mediante un golpe militar, y lo mandaría asesinar al igual que al vicepresidente José Pino Suárez, lo que desencadenaría una lucha fratricida por el poder que se prolongaría hasta 1920, y que costaría la vida a medio millón de mexicano.

Así pues, mis abuelos Francis y María Adelaida, al igual que sus ocho hijos, no solo serían testigos presenciales del surgimiento de la primera revolución social del siglo XX, sino que quedarían atrapados en el epicentro de la misma, pues además de ser Sonora el segundo estado del país en desconocer al gobierno

espurio del general Huerta —el primero fue Coahuila— , sería justamente en Nogales, Arizona, en donde se instalaría la primera Junta Revolucionaria encargada de realizar labores de propaganda, reclutamiento, financiamiento y compra de armas.

El ser mi abuelo australiano y radicar en Santa Cruz, Arizona, lo puso a él y a su familia a salvo de los inminentes peligros de la revolución, sin embargo le resultó imposible mantenerse al margen, pues viejos amigos suyos se habían involucrado desde el principio en el movimiento antirreeleccionista encabezado por Francisco I. Madero. En efecto, Flavio A. Bórquez Valderráin, Ramón Ross Valderráin, Juan Tirado y Benjamin G. Hill, con los cuales trabajó amistad al llegar a Álamos en 1866, fueron los primeros sonorenses en abrazar la causa maderista. Además, uno de ellos, Flavio A. Bórquez, era el esposo de María del Rosario Gil Samaniego Gutierrez, la prima hermana de su esposa.

La aparición del libro *La sucesión presidencial de 1910* fue el detonante de la revolución. Las propuestas ahí expuestas por Madero cautivaron a los amigos de mi abuelo Francis de tal forma que ninguno dudó en involucrarse en el movimiento antirreeleccionista. Del libro de Madero, Benjamin H. Hill dijo que era: “... *un resplandor de democracia en forma de libro*”. La idea de escribir el libro surgió en la mente de Madero en marzo de 1908, después de leer en *El Imparcial* —el periódico oficialista más importante del país— la entrevista que el periodista James Creelman, corresponsal de *Pearson's Magazine* de Nueva York, le hizo al general Porfirio Díaz en el Castillo de Chapultepec

en diciembre de 1907. En dicha entrevista, el presidente de México le dijo al corresponsal canadiense que no pensaba competir en la contienda electoral de 1910, que consideraba que el país estaba apto para la democracia, y que vería además con buenos ojos la creación de un partido político independiente.

Textualmente le dijo lo siguiente:

“... He esperado con paciencia el día en que la República de México este preparada para escoger y cambiar sus gobernantes en cada periodo sin peligro de guerras, ni daños al crédito y al progreso nacionales. Creo que ese día ha llegado... Si en la República llegase a surgir un partido de oposición, lo miraría yo como una bendición y no como un mal, y si ese partido desarrollara poder, no para explotar, sino para dirigir, yo lo acogería, lo apoyaría y me consagraría a la inauguración feliz de un gobierno completamente democrático...”

Esta insólita declaración, por venir de una persona que llevaba casi treinta años en el poder, dio pie a que algunos miembros de su gabinete —especialmente los llamados “científicos”—, pensaran que tenían alguna posibilidad para contender en las elecciones de 1910; si bien no por la presidencia de la República, pues tenían claro que el general Díaz quería mantenerse más tiempo en el poder, sí por la vicepresidencia. Entre los políticos porfiristas que lucharon para lograr la candidatura por la vicepresidencia sobresalió la del general Bernardo Reyes, ex Ministro de Guerra, y en ese momento gobernador del estado de Nuevo León. Sin embargo, al paso de los meses el general Díaz no

dio indicio alguno de requerirlo para que ocupara la vicepresidencia, pues a la primera oportunidad lo mando a Europa a una misión de índole militar que le llevaría varios meses complementar. En otras palabras, el presidente Díaz despejó el camino para que el alamense Ramón Corral Verdugo se posesionara como candidato para ocupar por segunda ocasión la vicepresidencia. Así, durante la Convención Reelectionista celebrada en el Teatro Fabregas el 2 de abril de 1909, fueron postulados como candidatos para la presidencia y la vicepresidencia —para el periodo 1910-1916—, el general Porfirio Díaz y el licenciado Ramón Corral Verdugo.

La declaración del general Díaz, sin embargo, desató entre diversos sectores sociales del norte del país —empresarios, pequeña burguesía y clases medias— múltiples reflexiones en torno a la manera de sucederlo. Y si bien hubo muchas opiniones al respecto, la propuesta más interesante en torno a la caducidad del gobierno porfirista provino de una fuerza no inscrita dentro del círculo porfirista, sino la de Madero. En el libro *La sucesión presidencial de 1910*, el prospero hacendado analiza la historia de México, su situación en el contexto internacional, sus formas de organización y, sobre todo, hace hincapié en la necesidad de un relevo político. Si bien pensaba, al igual que los políticos porfiristas, que el general Díaz deseaba mantenerse mas tiempo en la presidencia de la República, estaba convencido de que si lograba formar un partido político independiente, podría al menos influir en que el nombramiento del vicepresidente fuera mas acertado, esto es, que no fuera designado Ramón Corral Verdugo, el dos veces exgobernador de Sonora.

El libro de Madero empezó a venderse en febrero de 1909 en la Librería de B. de la Prida, Ap. 435 de la Ciudad de México, a 75 centavos. Tuvo un tiraje de 3 mil ejemplares, y fueron impresos en papel de 12 kilos y encuadernados en pasta dura. Madero pagó por ello 1,900 pesos. De los tres mil ejemplares impresos, 200 fueron adquiridos por Benjamin G. Hill, pero no a 75 centavos cada uno, sino a 60 centavos, pues Madero instruyó al dueño de la librería que si alguien compraba 20 o mas ejemplares le hiciera un descuento. Uno de los 200 ejemplares que adquirió Benjamín G. Hill, fue a parar a manos de Flavio A. Bórquez Valderráin, el cual quedó tan impactado por las ideas expuestas por Madero, que a mediados de 1909 estableció una relación epistolar con él. Así, el 17 de junio de 1909 le envió una carta, la cual Madero le contestó el 15 de julio en los siguientes términos:

Sr. Flavio A. Bórquez

Navojoa, Son.

Muy estimado amigo:

Su grata 17 del pasado llegó a mí poder a mi llegada a ésta (12 actual), por cuyo motivo hasta ahora me es posible contestársela.

Espero que ya habrán llegado a ésa los manifiestos del Partido Antirreeleccionista, pues además de que se les remitieron directamente a Ud. y a nuestros amigos de esos rumbos,

se han publicado en muchos periódicos amigos nuestros, inclusive en “El Demócrata” que reciben por esos rumbos.

Espero que ya habrán contestado a ese llamamiento como me ofrecen, organizándose en Clubes Antirreeleccionistas en todo el Distrito.

Ahora es muy difícil que haya persecuciones, porque como en toda la República hay clubes y gran agitación política, causa un efecto tremendo en la opinión pública y el gobierno se cuida de evitar esos atentados.

Además Uds. tienen allí muy cerca el Estado de Sinaloa que está en gran efervescencia política, y si empiezan las persecuciones en Sonora, llegara igualmente la efervescencia.

El domingo que estuve en Monterrey, dije un discurso contra Reyes, que causo gran entusiasmo en el público. Esto lo hice para demostrar que Reyes no es querido en su Estado y desprestigiar su candidatura porque la considero peligrosa. Ya verán en “El Demócrata” lo que les dije a los de Nuevo León; y a Uds. les digo lo mismo: que conocen mejor a Corral, debe ser más poderosa la corriente de opinión contra él, a fin de que se acabe de desprestigiar su candidatura, que ya de pos sí está tan desprestigiada que todo el mundo lo considera como un candidato fracasado.

Tengo algunos amigos en Hermosillo y Guaymas, pero si no se resuelven a organizar en clubes, no será remoto que

me vuelva a dar una vuelta por esos rumbos; pero para hacerlo necesito estar pendiente del sesgo que tomen los asuntos en Sinaloa, porque quiero aprovechar también ir allá y para esto necesito esperar el momento oportuno, que será nomás pasen las elecciones en aquél Estado

Le agradeceré me diga, si tiene informes, cuándo son las elecciones en Sinaloa.

Al organizar todos esos clubes, mucho les agradeceré darme aviso a ésta y a la vez al Centro Antirreeleccionista de México, Eliseo 22.

Ya por la prensa estará Ud. al tanto de cómo ha cundido nuestra idea.

Todo hace creer que el triunfo será nuestro; por consiguiente, ¡a trabajar con valor y energía!

En espera de sus nuevas y gratas noticias, quedo su afmo. amigo y atto. S.S.

Francisco I. Madero

El mitin al que Madero se refiere, es el que se celebró en la ciudad de Monterrey el 15 de junio de 1909, y fue uno de los muchos que realizó en diferentes ciudades del país para promover las ideas antirreeleccionistas. En la primera etapa de la

gira Madero estuvo acompañado por su esposa Sara Pérez y por el periodista Félix F. Palavicini. En esa ocasión visitó Progreso, Merida, Campeche, Tampico y Monterrey, concluyendo la gira en su ciudad natal, San Pedro de las Colonias, en el estado de Coahuila.

Dos meses después, el 4 de septiembre de 1909, Madero le envió otra carta Bórquez:

Sr. Don Flavio A. Bórquez

Navojoa, Son.

Muy estimado amigo:

Sólo formo la presente para manifestarle que he resuelto salir a una gira política recorriendo los Estados de Chihuahua, Sonora, Sinaloa, etc.

Calculo llegar a Nogales el 21 actual, a Hermosillo el 22, a Guaymas el 24, emplear tres días en recorrer el Yaqui, llegar el 29 a ésa, de allí ir el 30 a Álamos y regresar el mismo día a ésa para tomar el día 10 en la mañana el tren a Culiacán.

Le suplico comunicar esta noticia a los amigos y preparar lo necesario, a fin de que a mi llegada celebremos un mitin político y organicemos el Club Antirreeleccionista de ésa y de Álamos.

Deseo celebrar en ésa el mitin político el día 30, al regresar de Álamos.

Sin otro particular, quedo su afmo. y atto. S.S.

Francisco I. Madero

Madero sin embargo no pudo iniciar la gira por el noroeste del país, como lo tenía previsto, pues una fuerte infección estomacal lo obligó a posponerla. Al respecto, el periódico “El Antirreeleccionista” publicó el 14 de septiembre la siguiente nota:

Sr. Francisco I. Madero enfermo infección intestinal con fiebre desde domingo. Hoy no pudo levantarse cama. Teme verse obligado diferir su viaje de propaganda. Según su estado, para jueves resolverá definitivamente.

Días después, el 21 de septiembre de 1909, el corresponsal del periódico “El Antirreeleccionista”, Elías de los Ríos, publicó la siguiente nota:

El Sr. Madero lleva 36 horas de insomnio, que lo han dejado muy decaído. Calentura mantiénese alta. Hoy temprano bajo 38.5.

Para que pudiera recuperarse de la enfermedad estomacal y la fiebre que lo aquejaban, su médico, el Dr. Enrique Montfort Díaz, le ordenó reposara durante seis semanas en un

balneario de Tehuacán, Puebla. Lo primero que hizo Madero al llegar al balneario San Lorenzo el 27 de octubre de 1909, fue enviarle a su padre Francisco Madero un telegrama que decía:

“Hoy llegamos esta sin novedad, tomando primer baño. Saludos afectuosos”.

Madero aprovechó su convalecencia para terminar de escribir el *Manual Espírita* que le había prometido a su amigo y Hermano de Creencias, Nicolás González González. En una carta le dice que en fecha próxima le enviara el manuscrito, con la advertencia de que lo va a firmar con una X, pues considera que no es conveniente que se sepa que él es el autor, pues podría perjudicar el movimiento político. El *Manual Espírita* fue publicado meses después bajo el seudónimo de *Bihma*.

Una vez que Madero recuperó la salud, reinició la gira proselitista en el Teatro Tívoli de la capital de la República el 19 de diciembre de 1909. Entre esa fecha y principios de febrero de 1910 visitó Guadalajara, Colima, Manzanillo, Mazatlán, Culiacán, Álamos, Navojoa, Guaymas, Hermosillo, Chihuahua y Torreón, para concluir la gira nuevamente en San Pedro de las Colonias. Si bien en la primera etapa de la gira Madero y sus acompañantes no fueron molestados por las autoridades porfiristas, pues estos no le daban mucha importancia, en la segunda etapa, la realizada en el noroeste del país, enfrentó fuertes reticencias, pues las autoridades se habían percatado de la fuerza que el movimiento antirreeleccionista estaba adquiriendo en todo el país. En esta etapa de la gira acompañaron a Madero, además de su esposa Sara,

Roque Estrada Reynoso —un fiel seguidor de Ricardo Flores Magón—, y el estenógrafo Elías de los Ríos.

Después de recorrer varias poblaciones del estado de Sinaloa, finalmente Madero llegó a Sonora a inicios de 1910. El primer punto que tocó fue Navojoa, y pese a que arribó a la estación del tren a las dos de la madrugada, una multitud lo esperaba impaciente. La gente, pese al frío que hacía, lo recibió con gran entusiasmo. Madero relata en una carta que “... vio en sus semblantes una serena resolución de secundarlo...”. Madero y su esposa Sara se hospedaron en la casa de mis tíos abuelos María del Rosario Gil Samaniego Gutierrez y Flavio A. Bórquez Valderráin. Al día siguiente, Madero celebró un mitin, el cual no fue impedido por el Presidente Municipal, pese a haber recibido instrucciones superiores. Antes de abandonar Navojoa y trasladarse en ferrocarril a Álamos, Madero dejó instalado el Club Antirreeleccionista de Navojoa, el cual quedo a cargo de Benjamin G. Hill. Como vocales del mismo quedaron dos cuñados de mi tía abuela, Arnulfo y Ventura Bórquez Valderráin.

Una de las primeras tareas que realizo el esposo de María del Rosario para apoyar a Madero, fue la de organizar el Club Antirreeleccionista en Guaymas, el cual quedaría bajo su mando, así como promover en el Valle del Mayo el movimiento político. Al arribar Madero y su esposa Sara a Álamos el 30 de enero de 1910, el comité de recepción que lo esperaba en el andén de la estación del tren estaba encabezado por Flavio A. Bórquez, Ramón Ross Valderráin y Juan Tirado. Al igual que en Navajoa, una multitud de campesinos y obreros lo esperaban visiblemente

emocionados, y, como escribió Madero en una carta que le envió días después a Emilio Vázquez, lo esperaban hasta...

jaristocráticas señoritas!

Luego de despedirse de la muchedumbre que lo había estado esperando para recibirlo, Madero y su esposa Sara, acompañados por Epifanio Salido y Adrián Marcor, dos alamenses de viejo arraigo, abordaron una berlina tirada por un tronco de caballos andaluces. La gira que realizó Madero en Alamos, sin embargo, fracasó, pues las autoridades municipales de la ciudad le impidieron la realización de un mitin. Además, no le permitieron alojarse en el hotel principal de Álamos, pese a que los miembros del Club Demócrata Liberal habían apartado con antelación varias habitaciones, mismas que habían decorado con el mobiliario particular de sus casas. El dueño del Hotel, que residía en Hermosillo y que era amigo de Corral, recibió instrucciones de no brindarle alojamiento, por lo que Madero y su esposa tuvieron que alojarse en la casa de Adrián Marcor, primer Vice-Presidente del Club Liberal. Ante tal tropelía, Madero le envió una carta al Presidente de la República pidiéndole garantías para ejercer sus derechos políticos. Madero permaneció dos días en Álamos en espera de la respuesta, la cual, como era previsible, nunca llegó, por lo que decidió continuar la gira y partió al día siguiente a Guaymas.

Pese a que Madero no pudo realizar ningún mitin, la visita a Álamos resulto importante, pues pudo constatar personalmente el apoyo con el que contaba entre la población. De hecho, se sorprendió de la cantidad de gente que le manifestaba su

apoyo, pues pensaba que al ser Álamos la ciudad natal de Ramón Corral Verdusco, el vicepresidente de México, no iba a tener muchos adeptos. Antes de abandonar la ciudad, Madero asistió a una reunión del Club Demócrata Liberal, en la cual todos sus miembros acordaron por unanimidad que dicho club se declara Antirreeleccionista. Luego, al asistir en la noche con su esposa Sara a una reunión social, los alamenses manifestaron su total simpatía por el movimiento, y rechazaron los atropellos cometidos por las autoridades locales.

Madero quedó definitivamente encantado por la acogida de los alamenses...

Esta historia continuara...